

*Regalos que los reyes y potentados concedieron a los rodios a causa de un terremoto que sufrieron.*

En el transcurso de este mismo tiempo, los rodios, con motivo de haber sufrido poco antes un terremoto que había arruinado su gran Coloso y la mayor parte de sus muros y arsenales, se supieron conducir con tal arte y prudencia en el desastre, que en vez de perjuicio les sirvió de provecho el accidente. Tanta es la diferencia que hacen los hombres de la necedad y desidia a la actividad y prudencia, bien sea en los asuntos privados, bien en los públicos. Con aquellos vicios, las dichas se nos convierten en infortunios; y con estas virtudes, sacamos partido aun de las desgracias. Efectivamente, los rodios tuvieron tal proceder en la exagerada y lastimosa descripción que hicieron de su desastre; se portaron con tanta majestad y entereza, bien fuese en las conferencias públicas de sus embajadores, bien en las conversaciones privadas; y supieron interesar de tal modo a las ciudades, y sobre todo a los reyes, que no sólo recibieron magníficos presentes, sino que quedaron reconocidos los mismos que los hicieron.

Hierón y Gelón les dieron setenta y cinco talentos de plata, parte de contado, parte dentro de un breve plazo, para el gasto de aceite que se hacía en las luchas de los atletas; calderos de plata con sus pies, algunos cántaros, diez talentos para los sacrificios, otros tantos para fomento de la población; de suerte que todo el donativo ascendía a cien talentos. Eximieron de impuestos a todos los que navegasen a Rodas, y les enviaron cincuenta catapultas de tres codos. Por último, después de tan magnífico presente, como si fuesen deudores del beneficio, levantaron dos estatuas en la plaza pública, que representaban al pueblo de Rodas coronado por el de Siracusa.

Ptolomeo les prometió trescientos talentos de plata, un millón de medidas de trigo, madera de construcción para diez navíos de cinco órdenes y otros tantos de a tres, cuarenta mil codos de vigas de pino cuadradas, mil talentos de monedas de bronce, tres mil de estopa, tres mil velas y mástiles de navío, tres mil talentos para reedificar el Coloso, cien arquitectos, trescientos cincuenta artesanos, catorce talentos anuales para su manutención, doce mil artabas de trigo para juegos y sacrificios, y veinte mil para la provisión de diez trirremes. La mayor parte de estas cosas fueron dadas de contado, y la tercera parte de todo el dinero.

Igualmente Antígono les dio diez mil vigas desde dieciséis codos hasta ocho para cuñas y estacas, cinco mil tablas de siete codos, tres mil talentos de hierro, mil de pez, mil metretas de resina por cocer y cien talentos de plata. Criseida, su mujer, les hizo un presente de cien mil medidas de trigo y tres mil talentos de plomo.

Seleuco, padre de Antíoco, a más de haber eximido de tributo a todo rodio que arribase a sus puertos, y a más de haberles provisto de diez navíos de cinco

órdenes y de doscientas mil medidas de granos, les regaló diez mil codos de madera y mil talentos en resina y pelo.

Iguales donativos les hicieron Prusias, Mitrídates y todos los potentados que a la sazón había en el Asia, como el de Lisantias, Olímpico y Limneo. Son innumerables las ciudades que contribuyeron a su alivio, según sus facultades. De suerte que si se considera el tiempo desde que esta ciudad comenzó a ser restaurada y poblada, causará gran admiración que en tan corto espacio hayan tomado tal ascendente las fortunas de sus ciudadanos y los edificios públicos de la ciudad; pero si se atiende a su bella situación, a lo mucho que le entra de fuera y al conjunto de comodidades que consigue, lejos de admirarse, se hallará que está menos floreciente de lo que debía.

Hemos apuntado estas liberalidades, en primer lugar, para hacer ver el celo de los rodios por su República, digno por cierto de emulación y aplauso; y en segundo, para mostrar la mezquindad de los reyes de hoy día y lo poco que reciben de ellos las ciudades y pueblos. De este modo, los reyes no presumirán que han hecho alguna gran cosa con derramar cuatro o cinco talentos, ni pretenderán de los griegos igual reconocimiento y honor al que tributaron a sus predecesores. Igualmente las ciudades griegas, teniendo a la vista las inmensas generosidades que en otro tiempo recibieron, no se equivocarán en dispensar los más sublimes honores por mercedes tan despreciables como las que hoy día se acostumbran; antes bien, acordándose del gran exceso que existe de un griego a los demás hombres, sabrán dar a cada gracia su justo precio. Pero ahora volvamos a continuar el hilo, desde donde nos separamos de la guerra de los aliados.